

IGLESIA - MISTERIO

(Versión castellana de
Luis R. Ocando Oria)

Juan Francisco Nothomb
Hermanito de Jesús

Cuando nos ponemos a reflexionar y a meditar sobre la Iglesia —y sabe Dios hasta qué punto la Iglesia está en el corazón de numerosos problemas de hoy en día— caemos siempre en la reflexión y en la meditación sobre los motivos de nuestra fe en ella, porque la Iglesia escapa a nuestros ojos humanos por su lado más esencial. La Iglesia es un misterio y nosotros no podemos aceptarla enteramente y tal como es sino con nuestra fe.

El motivo de nuestra fe es el hecho de que si Dios nos habla no puede decir más que la verdad. La inteligencia que acepta las virtudes reveladas, que son por definición inevidentes y no se pueden demostrar por el razonamiento, lo hace bajo la presión de la voluntad y del amor que tiene confianza al “testigo” que es Dios. He aquí por qué en definitiva la fe es UNA, y aquel que se niegue a creer una sola de las verdades enseñadas por Dios se coloca fuera de la fe, “juz-

ga” a Dios. Esta es, por tanto, la misma actitud fundamental que se exige al creyente frente a todos los misterios, los más grandes como los más pequeños. Hay, en efecto, una jerarquía entre los diferentes misterios; los hay más misteriosos que otros.

El misterio más elevado que Dios nos revela es su propio misterio, el de su vida íntima: Dios es Uno y Trino. Ningún misterio está más fuera del alcance de nuestra inteligencia limitada, y aun en la visión cara a cara con que veremos a Dios Trinidad, no podremos alcanzar el insondable misterio, que permanecerá siendo eternamente el secreto de Dios (cf. Rom. 12, 33).

Por el contrario, ningún misterio está más próximo a nosotros, no solamente con una proximidad de tiempo y lugar, sino también con una proximidad “de ser”, que el misterio de la Iglesia. Si la cabeza de la Iglesia es Jesús, cada uno de nosotros forma parte de Él si le está unido por la fe y los sacramentos de la fe; mi “yo” constituye allí una mínima parte. Toda una cara de la Iglesia está, por tanto, constituida por los hombres, hombres débiles, pecadores, limitados y que a menudo dan una pobre imagen de la riqueza que Dios les exige valorizar.

Crear en el misterio infinito, incommunicable, incomprensible, de la Santísima Trinidad requiere toda nuestra fe, pero por muy paradójico que parezca, nosotros aceptamos más fácilmente lo incognoscible por el misterio mismo de Dios, en tanto que para la Iglesia esto nos resulta a menudo más difícil.

La Iglesia es entonces como una piedra de escándalo para nuestra fe, y el que pierda su verdadera visión cae al tropezar con esta piedra y corre el riesgo de estrellarse contra ella.

Para comprender, penetrar y amar a la Iglesia se necesita, por consiguiente, exactamente la misma actitud fundamental que frente a otros misterios; se requiere un espíritu de infancia (no de “infantilismo”) frente a ella, una actitud de docilidad de la inteligencia y no solamente una voluntad de obedecerla, “a pesar de que yo no pienso como ella”. Es necesario tratar de pensar como ella.

Jesús ha querido la Iglesia; la ha querido, conociendo la debilidad y el pecado de los hombres que la compondrían y de los que la dirigirían; ha corrido este “riesgo” de hacer pasar la gracia y la verdad divina por un medio tan poco proporcionado; ha querido que ella sea, a pesar de esto, la luz del mundo. Libremente ha escogido a Pedro, sabiendo que un día lo negaría; libremente ha escogido los doce apóstoles, sabiendo que lo abandonarían en el momento supremo. Y, por tanto, es a ellos a quienes ha confiado las llaves del Reino.

En este sentido se puede decir, por tanto, que no hay misterio más “humano” que el misterio de la Iglesia, misterio “más escandaloso” a nuestros ojos de la razón y a nuestro espíritu crítico. “Y si no, mirad, hermanos, vuestra vocación; pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. An-

tes eligió Dios la necesidad del mundo para confundir a los sabios y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; ...para que nadie pueda gloriarse ante Dios." (I Cor. 1, 26 ss) (cf. también I Cor. 1, 17 ss)

En esta época que sigue al Concilio es urgente purificar los motivos de nuestra fe en la Iglesia. La tentación de cada uno es siempre la de no ver en ella más que aquello que nos satisface, no aceptar de ella más que lo que nos conviene o toca a nuestros intereses más personales. Unos no ven en ella sino un defensor del orden establecido y de la tranquilidad burguesa; otros ven en ella el fermento explosivo de la revolución, cada uno según su temperamento.

Se necesita un alma de pobre para aproximarse al misterio de la Iglesia, para saber distinguir en ella la cara de Jesucristo, Verbo Encarnado, como se necesitaba un alma de pobre para descubrir al Hijo de Dios en aquel hombre que recorría los caminos de Galilea. ¿Cuántos lo han reconocido?

Por supuesto que la Iglesia debe esforzarse sin cesar para parecerse cada vez más a su fundador. No puede adormecerse perezosamente sobre la promesa de la asistencia divina para no equivocarse. Pero nosotros seremos más indulgentes para ella si pensamos que su santidad depende, por una parte, de la santidad de cada uno de sus miembros. "Antes de ocuparse de los otros (para poder ocuparse de los otros), el fiel debe asegurar su santificación personal, no por egoísmo, sino con la fuerte y grande conciencia de que, por una parte infinitesimal e incommunicable, cada uno de nosotros tiene que divinizar el mundo entero." (P. Teilhard, *El Medio Divino*.)

El mejor medio de reformar a la Iglesia es, por consiguiente, comenzar por reformarse a sí mismo. Se ve más fácilmente la paja en el ojo del vecino que la viga en el nuestro. Es fácil juzgar a los demás y siempre es tentador echar el mal sobre nuestro prójimo; es mucho más difícil tener el valor de purificar nuestro corazón y nuestro espíritu. Cada cristiano es responsable de la Iglesia; a través de nosotros, ella es juzgada en bien o en mal, amada u odiada, comprendida o incomprensible.

Santa María de Erebató, enero 1967.

Obras de Oscar Lewis

"Antropología de la pobreza"

"Los hijos de Sánchez"

"Pedro Martínez"

"La vida"

Con la reciente visita del antropólogo norteamericano Oscar Lewis el número de lectores de sus obras ha cobrado un notable aumento. Mencionamos las que hasta ahora se conocen en Venezuela.

La primera es una especie de introducción al estudio que ha polarizado todo el trabajo de Lewis: la subcultura de la pobreza. La marginalidad, el aislamiento, la desorganización social, la frustración de hecho y la frustración consciente, la desintegración familiar, la superstición y todas las demás características de esta subcultura son estudiadas antropológicamente en esta "presentación" de la obra del antropólogo norteamericano.

"Los hijos de Sánchez" es la historia de una familia mexicana, recogida, al igual que en "Pedro Martínez" y "La vida", de la boca de sus propios integrantes, con una grabadora, y puesta en el papel con la misma riqueza verbal de sus narradores. Para realizarla, Lewis vivió 10 años con la familia "Sánchez" (el verdadero apellido lo omite para proteger su anonimato) y practicó incluso con ellos investigaciones psicológicas (Rorschach, etc.). Es interesante observar las formas del sentimiento religioso en los personajes de la obra: la religión cómoda, supersticiosa y preceptiva, típica del medio cultural objeto del estudio.

"Pedro Martínez" es una historia extremadamente interesante. Es la vida de un campesino mexicano y su familia, recogida con el mismo método que la de "Los hijos de Sánchez", esta vez durante 20 años. Pedro vivió la revolución mexicana y participó, como combatiente, en ella. El interés que despierta la obra es, pues, múltiple. Una buena parte de la historia de México es "es-

cuchada" de los labios de uno de sus propios participantes y constructores. Hay notas que seguramente han escapado a la investigación sociológica o historiográfica y que, sin embargo, cobran en las palabras de Pedro un valor digno de interés y hasta "picaresco", si es la palabra adecuada, como saber que "Villa tenía la voz finita, como una señora", conocer los entretelones de la traición a Madero y de muchos fusilados inocentes durante la guerra revolucionaria, por ejemplo. Pedro participó en la revolución porque, de no hacerlo, lo "mataban de todos modos". Ya vemos, quedó suficientemente vivo como para narrar su vida y con ella una buena parte de la historia mexicana y de los entretelones de su famosa revolución.

"La vida", siguiendo el mismo método, es la historia de una familia puertorriqueña suburbana. Lamentamos que, por encontrarse en inglés, no podamos de momento hacer otra cosa que mencionarla (la traducción, por anuncio del propio Lewis, llega en junio de 1968). La familia Ríos es otro exponente, esta vez en distinto medio geográfico y también con distinto pasado histórico y sociológico, de la subcultura de la pobreza, y, como todas las obras anteriores de Lewis, está cargada del realismo de la narración viva, rica en expresiones populares y caracterizada por la extraversion típica del hombre del pueblo.

Lewis anunció en Caracas la próxima traducción de otra obra, esta vez un estudio estadístico y menos "vivo", por esa misma razón, que los anteriores. Esperamos su llegada, así como también la de la traducción de "La vida".

J. A. L.